

6.- Filosofía y Clonación

Javier Sádaba

La filosofía busca la claridad. Su tarea no consiste en aportar nuevos descubrimientos sino en eliminar las confusiones, deshacer enredos lingüísticos y posibilitar así la acción correcta. De ahí que se ocupe de todo¹. La filosofía, en cualquier caso, no se reduce a un cometido estrictamente intelectual. No se autosatisface en saber por saber, por mucho que sea su gozo intelectual. Quiere saber para vivir mejor. En este sentido su misión es práctica. Su misión llega hasta donde puede llegar la felicidad humana. Es así como vamos a enfocar el conjunto de problemas que se enroscan en la clonación, y muy concretamente en la clonación humana. Para ello primero nos fijaremos en alguna de las imágenes que la fantasía popular y las religiones se han hecho de la clonación. Después ofreceremos los datos más elementales sobre lo que es la clonación. Y desde ahí plantearemos los problemas éticos y filosóficos que se derivan de una hipotética clonación. Finalmente trataremos de sacar alguna consecuencia que nos sirva para vivir mejor con o sin la clonación.

I

El clon, entendido no como retoño (que es a lo que alude su etimología) sino como doble, ha estado presente en la mitología, en la literatura, en el cine y en la simple imaginación popular. El doble ha sido interpretado en general como una disfunción perturbadora, algo fuera de lo natural y que, por lo tanto, debe evitarse. Fueron los misioneros cristianos en África los que acabaron con la poco sana costumbre de matar a uno de los gemelos. Y es que, efectivamente, el gemelo natural² muestra una inquietante identidad entre dos individuos. Algo normal puesto que el gemelo monocigótico o univitelino, al resultar de la partición del cigoto, hace que nazcan dos individuos con la misma carga genética. La irrupción de lo extraño, de lo que rompe el proceder habitual de la naturaleza genera, por tanto, temor. O dispara la imaginación. La mitología griega nos ofrece el caso de Atenea, una de las seis diosas principales del panteón griego. Según la leyenda nació, después de un hachazo de Efesto, de la misma cabeza de Zeus. Y salió completa y armada. Claro que si nos volvemos al Génesis, y en uno de sus textos más antiguos, encontramos que Dios sacó una costilla de Adán mientras éste dormía y así formó a la primera mujer. Shakespeare, por su parte, nos obsequió con una obra teatral, *La comedia de las equivocaciones*, en la que dos hermanos gemelos entran en un juego de equívocos sexuales, debido

¹ Incluso de la muerte. El filósofo no tiene por qué saber en qué consiste la muerte por necrosis o la que realizan los mismos genes y que se llama apoptosis. Pero sí tiene que empeñar su palabra en lo que significa la muerte para la vida humana y cómo se inserta en nuestro proyecto total y cómo reaccionamos ante la posible angustia de una segura muerte.

² Podría darse y se ha dado la gemelación artificial y en la que, por procedimientos técnicos, se divide un embrión en dos.

a su identidad. El miedo a no distinguir o a ser suplantados no puede por menos que inquietar. El cine nos ha dejado toda una colección de historias relacionadas con la clonación. Tal vez la que más éxito ha tenido es la adaptación de un libro de Ira Levin y que se conoce como *Los niños del Brasil*. Los ejemplos podrían multiplicarse. Son ejemplos que recogen los temores de la gente o, por el contrario, avivan zonas más o menos inconscientes y prontas a ponerse en marcha ante un acontecimiento que apunte a la clonación. Es lo que sucedió cuando en febrero de 1997 se anunció la clonación de la oveja Dolly. Dolly no salía de cabeza o costilla alguna. Dolly nació de una célula mamaria de su progenitora. Y es que ya no se trataba de una ficción sino de una realidad expuesta a ser comprobada por quien quisiera. Tan comprobada que se usaron las correspondientes pruebas dactilográficas. ¿Cómo reaccionó la gente?

La reacción fue, en un clima bien sensacionalista, de horror generalizado. Aunque hubo quien se alegró y creyó ver enseguida extraordinarias posibilidades creativas en ese extraño desdoblamiento que pondría en cuestión la identidad. Se cuenta que en los años sesenta y cuando el embriólogo inglés Gurdon consiguió clonar renacuajos desde células adultas del estómago de ranas, le visitó una filósofa italiana. Su petición consistió en que clonara al Papa Pablo VI. Pero la actitud más generalizada no fue ni tan ingenua ni tan positiva. Se hicieron presentes, más bien, los sueños monstruosos de Frankenstein o del Golem. Más que fascinación había pesadilla. Y más que sana y cauta expectativa científica, lo que se desató fue un pánico lleno de prejuicios. A tales prejuicios contribuyeron las malas explicaciones, el afán de dar noticias con sobresalto y el consumo de lo inédito. Hubo sociólogos, como J. Riffkin, que hablaron de fotocopias humanas. Y eso, como más adelante veremos, es un error. Un posible clonado no es fotocopia alguna. En cualquier caso, el horror dominó. En una encuesta que se realizó en EEUU después de la clonación de Dolly, casi el sesenta por ciento de los encuestados afirmaban que se negarían a comer carne de animales clonados. Podrían ser los mismos, y valga la analogía, que no pondrían pega alguna al tratamiento con insulina obtenida del páncreas de cerdos y vacas. Ha tenido que ir pasando el tiempo para que las cosas se vayan colocando en su sitio y se avancen argumentos y contraargumentos en vez de puras corazonadas.

Los pensadores religiosos se han sumado también a la discusión sobre la clonación. Entre éstos la postura más decididamente contraria corresponde al Vaticano. La Academia Pontificia de la Vida, y a raíz del nacimiento de Dolly, sentenció que el alma espiritual no se puede generar por clonación. Y el cardenal Ratzinger insistió en que, dado que la santidad de la vida es intocable, hay que rechazar la clonación. La postura de los católicos no tiene por qué extrañar ya que se han estado oponiendo, desde el principio, a casi todas las formas de FIV (sólo aceptarían lo que se entiende por TIG, es decir, la transferencia intratubárica de gametos). El asunto toma otro perfil si nos volvemos a los protestantes. Entre los cristianos reformados predomina más que la prohibición tajante, su regulación de forma que se eviten abusos, tolerándose en casos extraordinarios, como el de la infertilidad o curación de un pariente. Pero se dan situaciones un tanto paradójicas. Fletcher y Ramsey son dos bioéticos que a su vez son clérigos protestantes. Pues bien, el primero cree que la clonación de humanos es una opción más de nuestra libertad que se puede justificar por sus beneficios mientras que el segundo considera que la clonación ofende a la persona, a la sociedad y a Dios. Más curiosa es la actitud de los judíos. Son más permisivos que los anteriores. En primer lugar, por el papel activo que se da en la Biblia al hombre con

relación a la creación. En segundo lugar, por su trágica experiencia del Holocausto. Imaginemos que una familia entera hubiera muerto en dicho holocausto exceptuando un solo miembro. ¿No se le podría clonar en recuerdo de los muertos? Curiosamente, el físico R. Seed cuando afirmó en 1998 que estaba dispuesto a clonar seres humanos se basó, en parte, en la Biblia. Y es que, siempre según Seed, la Biblia estimula a imitar a Dios.

Es ésta la situación, en un breve repaso, en la que se encuentra la imaginación humana y su proyección religiosa. Y dicha situación nos muestra que la clonación toca algún punto sensible de la idea que mantenemos, explícita o implícitamente, del ser humano. Y es que la clonación invita a preguntarnos quiénes somos, si podemos trascender las fronteras de nuestro yo o si otros podrían apoderarse de nuestra individualidad. Tanto es así (y recurriendo por última vez a la religión) que cuando en el mito cristiano de la resurrección se pregunta por lo que quedaría de uno mismo en una supervivencia extramundana se ha llegado a proponer que el Dios cristiano podría crear un clon de Facunda, exactamente igual a la Facunda que anduvo por este mundo. La clonación, en consecuencia, posee un significado que va más allá de los beneficios prácticos que podrían obtenerse de ella. Y es en este contexto en el que, de hecho, llegó la clonación. De la misma manera que es éste el contexto en el que continuará la polémica científica, moral y legal sobre la clonación. Es hora de hablar de su aspecto estrictamente científico.

II

La clonación es un medio de reproducción asexual que se encuentra ampliamente repartido en la naturaleza. La clonación, entendida como fisión celular, hace que una célula o un conjunto de células se reproduzcan indefinidamente simplemente doblando, partiendo o replicando su carga genética. Así, las bacterias, las amebas, las estrellas de mar y hasta las células cancerosas se dividen en dos mitades cada una de las cuales es genéticamente idéntica a la anterior. Y clones de este tipo también se dan en la especie humana. Los antes citados gemelos monocigóticos son genéticamente idénticos. Más aún, en la especie humana se da el caso de que puedan aparecer cuatro o cinco gemelos exactamente iguales desde el punto de vista genético. La tasa de frecuencia que en concreto se da en partos con cuatro gemelos es de 1 cada 11 millones³. Como se ve, una extraordinaria excepción. Lo que sucede es que el término *clon* se ha ampliado de tal manera que se aplica, *v. g.*, a las colonias de bacterias, a la transferencia nuclear de la que luego hablaremos o a la clonación de ADN. De ahí que G. Mc Gee escriba lo siguiente: "Las definiciones de clonación son realmente subjetivas. No hay un solo modo de definir lo que es un clon...". En cualquier caso, basta con que retengamos que cuando hablamos de clonación lo que importa es que el organismo que resulta tenga el mismo componente genético que aquel del que se origina. Por lo demás nos interesa la clonación humana y no la de los mamíferos en general, por muy decisiva que ésta sea para la ganadería e incluso para nuestra alimentación. Y dentro de dicha clonación habrá que distinguir entre la parcial o curativa y la total o reproductiva. O, lo que es lo mismo, aquella que nos posibilitaría obtener células nuevas de repuesto y aquella otra según la cual de un Javier A saliera un Javier B. Con

³ En el armadillo, un mamífero edentado, se produce una división del blastocisto que da lugar a cuatro embriones en una placenta común. Fenómeno que es, desde luego, excepcional.

la advertencia de que en éste segundo hipotético caso Javier B no es hijo de A sino hermano gemelo de A. Los padres de uno y de otro serían los mismos. Antes de entrar directamente en la clonación en cuestión y dar el juicio moral que nos merece no estará de más, siquiera brevemente, hacer un pequeño recorrido que contextualice lo que está sucediendo hoy.

Como indicamos ya, entrar en el concepto de clonación es como entrar en una selva. Se puede distinguir, por ejemplo, entre clonación intraespecífica, interespecífica, a células somáticas u organismos, a células reproductoras (y que recibe el nombre de trasgenia) y un largo etcétera. Por eso y para no perdernos en la selva lo mejor es seguir reteniendo que en lo que vamos a entender por clonación lo relevante es la identidad genética. Mucha confusión se habría evitado si en cada caso se usara una palabra distinta. Alguien dijo que *clonación* es una palabra políticamente sucia y uno de los padres de la clonación animal –Willadsen– sentenció que si un día se clonaran seres humanos no se llamaría a tal hecho clonación. Sea como sea, el pánico, el desconocimiento, el sensacionalismo, la vieja literatura al estilo de *Un mundo feliz* de Huxley, han dado por resultado que cuando uno habla de clonación tiene que introducir mil precisiones para que lo dicho no sea mal interpretado. Pero recordemos brevemente la historia.

La clonación de Dolly por medio del equipo de I. Wilmut tiene detrás una enorme cantidad de trabajo e investigación. Desde H. Spemann al citado Wilmut, los intentos por clonar ranas han sido tan intensos y empiezan a ser tan conocidos que forman ya parte de la cultura general de nuestro tiempo, ¿Por qué las ranas? Porque sus huevos son grandes y mucho más manejables. En esta carrera a la clonación final de un mamífero conviene, para nuestro propósito, fijarnos en dos aspectos. El primero hace referencia al esquema que llevará al éxito. Dicho esquema consiste en fusionar, mediante una carga eléctrica, la célula del que va a ser donante del ADN con un óvulo al que previamente se le ha vaciado el núcleo. De esta manera se unen los genes del donante con el óvulo de la receptora. Y de esta manera comienza a dividirse, como si de un embrión normal se tratara, el producto de la fusión. Es esto lo que recibe el nombre de clonación por transferencia nuclear y que pronto formará parte de los manuales más elementales. El segundo aspecto tiene que ver con la célula desde la que se clona. Y es que la clonación desde células embrionarias y, por tanto, en un estado de indiferenciación total, era algo que se había experimentado con éxito ya. Willadsen, por ejemplo, y en los primeros años ochenta, había obtenido ovejas, corderos y caballos clónicos. Más aún, en 1993 Hall y Stillmann obtuvieron cuarenta y ocho clones humanos desde diecisiete embriones por simple división celular. Y casi al mismo tiempo que la clonación de Dolly los investigadores del Instituto Roslin habían logrado, de un embrión de oveja, dos corderos clónicos llamados Morag y Megan mientras que de una célula fetal salió Polly, la primera oveja trasgénica, puesto que llevaba un gen humano. Todo ello quedó eclipsado por la ya conocida y famosa Dolly. La razón es que Dolly, después de 277 fusiones de célula donante y óvulo enucleado que llevaron a 29 embarazos, acabó viendo la luz desde una célula adulta. Éste era el milagro. Y es que se había convertido en un dogma biológico, después de los fracasos con ranas y ratones, la imposibilidad de clonar desde una célula adulta y, por tanto, diferenciada. Tengamos en cuenta que somos un conjunto de células, que somos un compuesto de billones de células y que cada una contribuye a que tengamos los más de 200 tipos de tejidos que dan lugar al cuerpo humano. La maravilla estaba lograda. Las células eran reversibles. Es como si nos comunicaran que el tiempo es reversible o que podemos dar a la moviola

para contemplar de nuevo nuestras vidas. Es como retroceder mil millones de años hasta el tiempo en el que aún no había comenzado la ruleta de la sexualidad. Y de cada una de las células en cuestión, por trasfencia nuclear, podría salir un individuo como usted. Y como yo. La conmoción fue mayúscula y, naturalmente, todas las miradas se posaron en la hipotética clonación de humanos.

Desde entonces la historia de la clonación ha ido engordando. Unas veces con la vieja y más fácil fórmula de clonación embrionaria, como es el caso del mono Tetra. Otras con un atrevimiento que sacude las nociones más arriesgadas de nuestra visión del mundo. Así, en Worcester y en 1996 se clonaron células somáticas, es decir, diferenciadas, de uno de los empleados de la empresa *Advanced Cell Technology* utilizando como receptor un óvulo de vaca enucleado. La pregunta inmediata es ésta. Si hubiera progresado la gestación, el nacido, ¿sería un humano vacuno? Porque no hay que olvidar que el óvulo contiene el citoplasma y en el citoplasma están las mitocondrias que son también material genético. Es éste, en cualquier caso, un hecho real y no una invención. Y que espolea nuestra inteligencia. De la misma manera que agudizaría nuestros principios el hipotético caso de un hijo de cuatro madres. Efectivamente, una pondría en ADN, otra el óvulo, una tercera el útero como madre portadora y finalmente la cuarta podría ser la madre social. Y es que, como más de uno ha señalado, el impacto de las biotecnologías en las estructuras sociales es inmenso. Sería capaz de hacer saltar categorías bien internalizadas con relación a la identidad personal, relación social y mediaciones de parentesco. Pero sigamos con la ya segura marcha de la clonación. En 1998 se clonaron también ratones. Esto es importante. Y es importante porque sabemos que su genoma es muy parecido al nuestro y hasta entonces no había sido posible su clonación. En 1999 se clonó en Italia un toro al que se puso el nombre de Galileo. Recientemente ha sido el gato el que ha pasado a formar parte de la legión de clonados, con alegría para todos aquellos que los acogen en casa como amigos. Y, cosa importante también, en EEUU se han clonado seis terneras que, en contra de las objeciones en general y a Dolly en particular, no sólo no se muestran más viejas sino mucho más jóvenes. Algunos atribuyen esta característica a que proceden no de una célula mamaria, como es el caso de Dolly, sino de células del tejido conjuntivo.

Baste ya de historia de la clonación. Añadamos que hemos estado hablando de la clonación total o reproductiva. Y en ésta el resultado sería un individuo genéticamente idéntico a aquél de quien es clonado. Hemos hablado también de clonación desde células adultas. Si de una de esas células que desprecio cuando me rasco hiciera uso un avispado genetista podría, previa obtención de un óvulo, y siempre y cuando la clonación funcionara en los humanos, hacer que naciera un Javier bis. Más adelante daré mi opinión moral al respecto. De momento quedémonos con los hechos y las posibilidades que se abren. Posibilidades teóricamente remotas puesto que una legislación prácticamente universal se opone a dicha clonación y porque las patologías que se observan en la mayor parte de los casos son muchas. Efectivamente, la mortalidad es precoz, hay malformaciones, abortos y enfermedades. Luego volveremos sobre ello. Es hora ya de pasar a la clonación parcial, también conocida como terapéutica o curativa.

En este caso no se trata de reproducir un ser genéticamente idéntico. ¿De qué entonces? Se trata de aprovechar la fuente inagotable de riqueza vital que se esconde en el embrión. En el embrión encontraríamos las anheladas células madre. Esas células, también llamadas

maestras o troncales⁴, que están invadiendo la discusión pública y que configurarían un depósito inagotable de curación. Tales células madre son un potencial neutro que se puede convertir en las diversas células diferenciadas de las que se compone nuestro organismo. Se obtendrían de los blastocistos, es decir, de ese periodo embrionario que tiene lugar entre los cinco y siete días y que (frente a la cáscara o trofoblasto que da forma a la placenta) constituyen la parte interna que, una vez desarrollada, se convertirá en el feto y finalmente en un ser humano más en este mundo. Las células madre, cuando se diferencian forman, en un primer momento, el ectodermo (los ojos), el mesodermo (la sangre) y el endodermo (los pulmones). Se llaman, por eso, totipotentes o pluripotentes. Efectivamente en su indiferenciación y versatilidad son como un poder en bruto, listo para llegar a ser hígado, neuronas y todo aquello de lo que estamos hechos. No hace falta añadir que si conociéramos las reglas para aislar y diferenciarlas estaría en nuestras manos una especie de maná. Porque de esta manera podríamos sustituir o reparar nuestros dañados órganos. El embrión, así, ha pasado de ser el misterio de una vida futura a un posible generador de vida para los ya vivientes. Es cierto que células madre existen en el cuerpo de los adultos. Es el caso de la médula ósea, del sistema nervioso, de la grasa y, desde luego, del cordón umbilical. Hasta el momento, sin embargo, se considera que son difíciles de extraer y que, cosa decisiva, no poseen la capacidad de diferenciación que encontramos en las células embrionarias.

No es difícil afirmar, en consecuencia, que si tomamos un embrión y extraemos sus células madre, estará a nuestra disposición un admirable material curativo. Y que cuantas mayores clonaciones llevemos a cabo, más células estarán listas para ser usadas. Pero tampoco es difícil de ver que ha entrado en juego el problema del estatuto del embrión. Y para muchos el embrión es más que una masa a la que se puede recurrir como se recurre a una prótesis. Ésa es, en fin, la conocida clonación terapéutica o parcial. Veamos, más en concreto, qué es lo que hemos conocido al respecto en los últimos años.

Si 1997 marca la fecha mágica de la clonación reproductiva, 1998 es el año de la clonación parcial o terapéutica. Efectivamente, en ese año J. T. Thompson y R. Pedersen consiguieron aislar, cultivar y desarrollar líneas celulares desde embriones procedentes de la FIV⁵. Es verdad que hacía más de veinte años que se había logrado aislar dichas células en ratones pero, por fin, se conseguía en humanos también. Thompson y Pedersen obtuvieron cinco líneas celulares (o potenciales tejidos) y todo parece indicar que se desarrollaban con las habituales características que comienzan a tener nuestras diferenciadas células. Si esto tuviera éxito, enfermedades como la diabetes, el Parkinson o el Alzheimer, por poner algún ejemplo a mano entre las muchas enfermedades o deterioros que padecemos, quedarían dominados. Más aún, si el embrión fuera autólogo o, lo que es lo mismo, procediera de una célula mía, el tejido conseguido se me implantaría sin rechazo alguno, que es lo que sucede con los alotransplantes. Las células embrionarias, o en su caso fetales, proveerían, en suma, material curativo hasta el momento inédito e introducirían a la medicina en un campo radicalmente nuevo. A finales del año 2001, ACT, una empresa de investigación genética, anunció haber clonado, por primera vez, un embrión humano.

⁴ En inglés SC (*stem cells*).

⁵ J. Gearhart, por su parte, ha obtenido células pluripotenciales de células primordiales de fetos de cinco a nueve semanas. Los fetos procedían de abortos terapéuticos.

La técnica fue de transferencia nuclear, similar a la usada con Dolly. Pero sólo pudieron llegar hasta dos o tres días, con 6 u 8 células. Para usar células madre se necesita, sin embargo, alcanzar los cinco días, que es cuando se ha formado la masa celular interna. El primer paso, con intención más o menos propagandística, está dado. Pero he dicho que tales células existen también en los adultos. Y así, experimentos con ratones como los realizados por Vescovi, han transformado células madre del cerebro en células hepáticas. El ciclo interno de renovación podría darse sin tener que detenerse en un embrión, que es usado como mero instrumento que luego se desecha. Todavía más, en los últimos tiempos aquellos que se oponen a la utilización del embrión no hacen sino multiplicar los ejemplos de este tipo de circulación curativa interna sin pasar por el embrión. Y nos dicen que desde 1997 la médula ósea ha dado células nerviosas, hepáticas o renales, que células del tejido nervioso han pasado a ser células de músculo, pulmón, intestino o hígado... El debate está ahí. Habría que añadir, no obstante, lo siguiente. Parece mayoritaria la opinión de aquellos que piensan que las células adultas son mucho menos versátiles y más difíciles de extraer que las que proceden de los embriones. Por otro lado, la furia que ponen algunos en mostrar las capacidades de las células pluripotenciales adultas está en proporción a su oposición a que se utilice el embrión. En general son personas creyentes que, en franca oposición a la experimentación y uso de embriones, no hacen sino magnificar una posible vía de investigación en detrimento de la más conocida y, probablemente, más prometedora.

Hemos dado un breve repaso por la reciente historia de las células madre. No convendría olvidar que la posibilidad de alargar nuestra vida ha estado presente en medicinas alternativas desde hace tiempo. Así, por ejemplo, el implante de membrana amniótica de placenta en la cornea se sabe que permite la reparación de úlceras en la conjuntiva ocular. Y la famosa doctora Ana Aslan basaba su tratamiento de rejuvenecimiento aplicando sobre la piel células de tejido placentario bovino y de embriones. Y es que los seres humanos no renunciamos fácilmente a la inmortalidad. O, para ser más exactos, hemos luchado racional e irracionalmente contra el envejecimiento. Pero es hora de dar un paso más. Es hora de que, una vez visto el panorama de las dos clonaciones que nos interesan, comprometamos nuestra palabra filosófica. Para ello enfrentémonos con los problemas morales que presentan ambas clonaciones.

III

Comencemos por la clonación parcial o terapéutica. Vimos que requería usar, como medio, el embrión. De ahí que las disputas se centren, sobre todo, en qué es lo que entendemos por embrión. En realidad los problemas van más allá y habría que tener en cuenta el valor que damos a la reproducción, la intencionalidad o no con la que hacemos uso del derecho a procrear o la relación entre vida humana y salud. En cualquier caso, las discusiones concentradas en el estatuto ontológico y moral de esa masa de células que son el inicio de la vida humana son suficientes. Porque en tales discusiones se hace patente la visión global que cada uno tiene de la existencia humana en sus diversas vertientes.

Lo que se entiende por embrión depende de los datos empíricos a nuestra disposición y de la teoría moral desde la que se hable. Los que defienden que en el embrión existe

ya un ser humano y que por lo tanto ha de prohibirse su destrucción tal vez sean minoría dentro de la comunidad científica. Pero son sumamente beligerantes y defienden con uñas y dientes su postura. Ahora bien, ¿qué decir a esto? Comencemos por los datos, puesto que un juicio moral que desconozca lo que sucede, cosa harto frecuente por desgracia, es puro charloteo de salón. Y los datos nos indican que nos encontramos ante un conjunto de células indiferenciadas que, sin duda, son aptas para continuar desarrollándose. No existe ahí un homúnculo u hombre pequeño escondido como ingenuamente se pensó en otros tiempos o sentenció el malvado Tertuliano (“El hombre está entero en el feto como el roble en la semilla”) ni existe sistema nervioso alguno que pudiera gozar o padecer. El instante de la fecundación, por el contrario, es un proceso fisiológico en el que un espermatozoide (en la fecundación habitual) genera una célula con dos pronúcleos en donde no aparece siquiera un programa genético propio. Llamar, por eso, a este estadio inicial y a las subsiguientes divisiones ser humano es una exageración. La vida, más bien, es una explosión en cascada que sólo adquiere forma a lo largo de una serie de cambios y concreciones. Y es que si en la pequeña masa celular embrionaria tuviéramos ya a un ser humano lo mismo tendríamos que afirmar de cada una de las células totipotentes que en los primeros estadios pueden dar lugar a un ser humano completo. En el citado experimento de Hall y Stillman se obtuvieron dieciocho embriones humanos desde células bicelulares. Y nada digamos de los billones de células que nos componen. Cada una de ellas debería ser tratada, según esta opinión como un humano en potencia puesto que, colocada en un óvulo, es capaz de desarrollarse como lo hace un embrión.

Pero ha entrado en juego el término *potencia*. El defensor de la vida embrionaria objetará que en el cigoto existe ya un ser humano en potencia. ¿Qué decir de tal objeción? Antes de nada, que el concepto de potencia es muy amplio y da lugar a no pocos equívocos. Así, sólo uno de cada siete blastocistos consigue implantarse en el útero por lo que podemos afirmar que en el proceso se pierden más del setenta y cinco por ciento de los embriones de siete a catorce días. Sostener, en consecuencia, que el cigoto o célula fecundada es un humano en potencia es, una vez más, exagerar la noción de potencia. Y es que tal vez se estén confundiendo dos ideas de potencia. Una atañe a la mera posibilidad y la otra, tal y como lo vio ya Aristóteles, a la potencia como energía que lleva de un estadio inicial a uno final. Y en el embrión hay mucho más de lo primero que de lo segundo. Si de alguna potencia se puede hablar, y por seguir la terminología escolástica, es de potencia remota nada más. Pero porque yo tenga potencia remota para ser un genio nadie tiene la obligación de tomarme por un genio puro y duro. En este sentido convendría tener presente lo que escribe Dennet en su libro *La peligrosa idea de Darwin*. Según nuestro filósofo la naturaleza es un proceso y trazar (esencialmente) marcas es imposible. Lo único que nos queda es el sentido común, ponderar los casos concretos y huir de las definiciones tajantes. En caso contrario introducimos elementos extraños como podría ser el de la creación del alma, lo cual se escapa a una investigación estrictamente racional. O se introducen consideraciones ridículas como cuando Santo Tomás, y a pesar de su real genialidad en otros campos, afirma que el alma de los hombres es insuflada por Dios a los cuarenta días mientras que es a los ochenta cuando sucede lo mismo en la mujer. No hay instantes sagrados. No tenemos momentos privilegiados. Y sí hemos de calcular con prudencia, no exenta de incertidumbre, cuándo debemos o no permitir algo. Es esto precisamente

lo que ha admitido la mayor parte de las legislaciones de los países democráticos con relación al aborto. En casi todos no está penado si se realiza dentro de las doce primeras semanas de gestación. Es obvio que al poner el límite colocamos algo de arbitrariedad. Pero es una arbitrariedad razonada y no una imposición al modo del rayo de Júpiter. Y, sobre todo, en el caso de las células madre no habría que olvidar nunca los muchos e importantes beneficios que pueden derivarse para la salud humana. Y la salud es un derecho básico en estrecha relación con la concepción de una vida buena, tema, por cierto, central en la moral. Una cosa es defender los derechos humanos, controlar la comercialización de la vida, exigir garantías y evitar atrocidades y otra despreciar un conjunto de bienes útiles en función de unos principios que o son de ficción o se apoyan en creencias religiosas.

La clonación de embriones humanos, en suma, no la consideramos inmoral. Todo lo contrario, a nadie hace daño y se obtienen, si se regula con sensatez, bienes incuestionables. No es extraño, por eso, que las diversas asociaciones de enfermos estén luchando para que no se pongan trabas a una prometedora investigación. Más aún, es ya un clamor pedir que los aproximadamente treinta mil embriones congelados que existen en estos momentos en España no permanezcan en el limbo ni se destruyan sino que puedan utilizarse, antes de que sean inservibles, para investigar en un campo lleno de esperanzas. El Reino Unido lo ha hecho ya. Y no sólo con los embriones sobrantes de la FIV sino con la misma creación de embriones. Dicho de otra manera, no sólo se ha permitido usar los embriones que no se implantan ni son adoptados sino que se considera lícito crear embriones de los propios pacientes para obtener, así, repuestos a sus enfermedades en el caso de que esto sea, en un futuro tal vez no muy lejano, posible. Francia, Bélgica, Suecia y otra serie de países están adecuando su legislación en un sentido parecido. En España permanecemos empantanados sin saber qué hacer a pesar de las constantes peticiones de científicos y afectados para que avancemos en la misma dirección. Dos observaciones más, antes de acabar este apartado. Una tiene que ver con las creencias religiosas. La otra con el estatuto del embrión. En modo alguno hemos hablado despectivamente de las creencias religiosas. La religión, como última opción de los individuos, es tan respetable como el sentido que cada uno da a su vida. Por eso, y por citar a Wittgenstein, lo último que haríamos es reírnos de ella. Pero en lo que estamos tratando, el creyente religioso debe acomodarse a una sociedad laica y secular usando, por ello, argumentos racionales y no de revelación. Porque si se admitiera esto último, entraríamos en sistemas teocráticos en vez de democráticos y entraríamos, además, en una interminable pugna de religiones puesto que son cientos de miles las que afirman ser poseedoras de una revelación verdadera. Y, finalmente, que el embrión, en sus estados iniciales, pueda servir como dador de vida no es rebajar su estatuto. Merece protección en el sentido de que no se puede abusar a capricho de él. Siempre tendremos presente que alguna orientación a la vida humana le compete aunque no creemos que haya que considerarlo un individuo y mucho menos un ser humano. De la misma forma que no hay que olvidar su relación afectiva con la persona que lo engendra. De ahí que haya que evitar su comercialización como si de un objeto más se tratara y no de una ebullición de vida en el seno de una mujer. En el seno de una mujer (en potencia o en acto).

Volvamos ahora a la clonación reproductiva; una clonación más lejana, a pesar de “los Davos y Antinoris” pero repleta de preguntas para la moral en concreto y para la filosofía en general. Pero aquí podríamos hacer lo que Wittgenstein llamaba “antropología mental”. O, lo que es lo mismo, podríamos preguntarnos cuál es la respuesta a dicha clonación si algún día pudiera realizarse con las mismas garantías que actualmente tiene la FIV o simplemente los nacimientos naturales. En este sentido no hay más remedio que distinguir entre lo que es una acción imprudente y lo que es intrínsecamente perverso y, por lo tanto, radicalmente inmoral. Nuestra postura será que parece que la clonación humana reproductiva es una imprudencia intolerable, hoy por hoy, pero que la perversidad o no de algunas clonaciones humanas es una cuestión mucho más complicada. Dicho de otra manera, que necesitamos argumentos mucho más convincentes para tacharla de claramente inmoral. Para ver esto detengámonos en los argumentos científicos, lógicos y de reacción emotiva contra este tipo de clonación. Su análisis, además, nos desvelará lo que se esconde en la misma idea de clonación humana y su relevancia antropológica.

Se ha convertido ya en un estribillo afirmar que clonar, en estos momentos, un ser humano es algo “criminal”. Es de suponer que con este fuerte adjetivo lo que se quiere decir es que en las actuales condiciones sería una tremenda temeridad intentar clonar un ser humano. Efectivamente, las tasas de abortos y malformaciones, tal y como antes indicamos, son altísimas. Las posibles causas varían según los investigadores. Tal vez tengan que ver con el envejecimiento de los telómeros, con la llamada metilación o con la impronta genética. La cuestión es que no se puede experimentar con un ser humano como si de un pez o un gorrión se tratara. Y aunque algunos autores, como por ejemplo L. Silver, han mostrado también las probables consecuencias positivas de un nacimiento por clonación (al no darse la meiosis, la trisomía o síndrome de Down no tendría lugar, entre otras buenas consecuencias), el hecho es que la comunidad científica mundial, salvo alguna rara excepción, ve como inviable, por el momento, la clonación de seres humanos. Como mínimo ésta sería imprudente. Y si a lo anterior añadimos una hipotética clonación en serie se respondería inmediatamente que tal clonación es un ataque directo a la biodiversidad, por biológicamente positiva que pudiera ser la clonación de especies animales a punto de extinguirse.

Los científicos, sin embargo, difícilmente pueden ir más allá de lo que acabamos de decir. O, lo que es lo mismo, no cae dentro de su cometido dar un paso más y afirmar que la clonación humana, si ésta fuera un hecho con características similares a los nacimientos naturales, es algo intrínsecamente perverso. Pero esto nos lleva a los argumentos que, desde un punto de vista lógico, se han ofrecido y se ofrecen contra la clonación reproductiva humana. En tales argumentos sí anida, explícita o implícitamente, la opinión de que dicha clonación es inmoral. El conjunto de argumentos, algunos de los cuales se suelen solapar, es amplio. Así, la clonación iría contra la santidad de la vida, contra la dignidad humana, contra la singularidad de los individuos, etc. Repasar uno a uno tales argumentos llevaría mucho tiempo. Limitémonos a señalar que, muchas veces, suenan más a meras prevenciones que a objeciones definitivas. Por ejemplo, hablar de la santidad de la vida sólo tiene sentido dentro de un contexto religioso que, como hemos visto, no es el nuestro. Respecto a la dignidad conviene notar que esta palabra se utiliza con excesiva frecuencia de manera inexacta. La indignidad se produce cuando se lesiona

alguno de los derechos de la persona. Y en nuestro caso convendría señalar cuál es el derecho conculcado. Porque si se dice que el individuo resultante es una copia del clonante se está falseando el asunto. Un individuo clonado no es instrumento de nadie y su individualidad es (o sería) tan real como la del supuesto engendrador. Un clon sería menos parecido al clonante que un gemelo natural a otro. Y bien sabemos que un gemelo puede ser un santo y el otro un villano. Oigamos, en fin, tres opiniones más en contra de una hipotética clonación humana de la boca de autorizados filósofos actuales. R. Dworkin observa que se iría en contra de la naturaleza. H. Jonas que no se respetaría la unicidad de la especie humana. Y para H. Putnam, se rompería la imagen que tiene el ser humano de sí mismo. ¿Qué decir a esto? Llama la atención lo poco claras que son tales objeciones. Porque la naturaleza, sin más, no es una guía a seguir, la imagen del ser humano sobre sí mismo tampoco es norma obligada y puede evolucionar y está por ver que la clonación no respete la unicidad de la especie, independientemente de la oscuridad que supone hablar de la unicidad de la especie. Y para rematar la cuestión, si de argumentos de autoridad se trata, podemos incluir a prestigiosos científicos con ansias filosóficas, como son Dulbecco, Crick o Dawkins entre los que no ponen pega alguna a la clonación humana. Siempre y cuando, naturalmente, se hubieran superado las limitaciones que actualmente la rodean y limitan. Pasemos finalmente al sentimiento de horror que parece apoderarse de nosotros cuando pensamos en la clonación. Un horror que, frecuentemente, va asociado al peligro de la invasión inhumana de la técnica, al dominio insensato del dinero o a las ansias incontroladas del científico. Otras veces se trata, sin más, del miedo ancestral a lo nuevo y desconocido. La idea de sentimiento de horror es todo un capítulo en las reacciones que tenemos. En nuestro caso limitémonos a señalar que el sentimiento, en cuanto expresión que hace referencia a una acción humana, puede ser un sentimiento sin más o un sentimiento moral. Para que tuviera un valor de condena el sentimiento de horror ante la clonación tendría que ser semejante a un sentimiento como es, por ejemplo, el de indignación cuando nos topamos con una acción injusta. Una vez más no está probado que el horror a la clonación y los sentimientos que expresa no sean producto de la tradición, de los prejuicios o de la desinformación. En este sentido causa cierta sorpresa que algunos filósofos de prestigio estén dando una importancia desmesurada a los sentimientos que una comunidad puede tener en un momento dado. Es cierto que hay que ser atento y delicado con relación a los sentimientos que la gente ha acumulado y comparte. Pero eso no significa que uno tenga que respetar, y es un ejemplo doloroso y cercano, al hebreo que mata pensando y sintiendo por Sión y al palestino que se inmola pensando y sintiéndose cerca de Alá.

¿Quiere esto decir que estamos a favor de la clonación humana? En modo alguno. Lo que quiere decir es que la filosofía sólo se rinde ante razones potentes y que, en nuestro caso, sólo dirá que es inmoral la clonación si destroza algún Derecho Humano. Por eso si en algún caso concreto se clonara, y no se han ofrecido argumentos suficientes para prohibirlo, la conclusión es que no se ve por qué habría que castigarlo. Más aún, los que preguntan “¿Para qué clonar?” deberían saber que ésa es una pregunta que se le puede hacer a la mayor parte de las acciones humanas. Que no estén justificadas no implica que deban ser castigadas. La filosofía, no obstante, busca un racional buen vivir. Y en este sentido estará atenta a los desmanes de una ciencia incontrolada, a los no menores

desmanes de la biocomercialización y a la falta de transparencia en todo lo que atañe al ser humano. Por eso hurgaremos intensamente para encontrar argumentos más fuertes contra la clonación si tanto preocupa ésta a la gente. Y, cosa decisiva, sin suscribir la tesis de que lo que tenemos hoy es una tecnociencia alienada, la filosofía abogará por un cambio político radical que posibilite que los bienes biotecnológicos sean, primero, bienes y, después, para todos.

Pero esto nos lleva a la última parte y con la que ya acabamos. La clonación nos muestra la penuria que tenemos sobre nuestra identidad y desvela la dificultad de hacernos con una idea de *Homo* que supere los mojones de ésta o aquella cultura. En lo que a nosotros, mal llamados occidentales, atañe, la clonación, como al principio indicamos, nos enseña que tememos perdernos en algo extraño. No nos hemos creado y siempre quedará en la penumbra una zona respecto a lo que realmente somos. Intentar ser autoconscientes intersubjetivamente, intentar aprovechar los posibles bienes de la biociencia, aumentando al mismo tiempo en autonomía, es uno de los ideales (al menos filosófico) del siglo que comenzamos. Y un par de observaciones más para finalizar ya. Se ha observado, con razón, que peor que la clonación biológica es la clonación del pensamiento cero, del pensamiento único, del pensamiento que no piensa. Eso es verdad. Pero se le puede dar la vuelta. Los que no hemos dimitido del ideal de una sociedad igualitaria y liberada creemos que es posible construir un conjunto de mujeres y hombres que aspiren a la misma justicia y a gozos compartidos. Y, así, la imitación de lo bueno o actuar según modelos no es obediencia ciega o pereza entreguista. Es, repito, el ideal de una humanidad que vive junta, que se sabe con el mismo destino y que quiere que la felicidad, en lo posible, no sea patrimonio de unos pocos sino de todos en acción recíproca. Esto, desde luego, no es clonación. Pero la clonación puede ser también ocasión para recordarlo.